

# La alabanza en la eucaristía

HUGO ESTRADA

La Eucaristía es nuestro acto de culto por excelencia. Eucaristía es una palabra tomada del griego, que significa: "Acción de gracias". La santa misa es el gran culto de alabanza de la Iglesia. Una acción de gracias es una alabanza gozosa, espontánea y participada. No es lo que, muchas veces, se aprecia en muchas misas dominicales, en las que no predomina la oración gozosa de la asamblea, que acude, por obligación, y no por la necesidad sentida de ir a la casa del Señor para alabar en compañía de toda la comunidad agradecida.

El origen de estas fallas, frecuentes en muchas eucaristías, tiene su razón en el pasado en que se llegó a ritualizar demasiado la Eucaristía, hasta el punto de mecanizarla y vaciarla de su sentido comunitario y de una oración gozosa de alabanza. Antiguamente se de día: "Voy a oír misa", y era verdad: el feligrés era un simple "oyente". No participaba; tenía que contentarse con ver y oír lo que allá, a lo lejos, estaba haciendo el sacerdote, de espaldas a la asamblea, en una lengua extraña, el latín. También se comentaba que el sacerdote "decía la misa". Y era también verdad. El sacerdote, en el rito antiguo, era un solitario en el altar, que repetía un rito que los fieles veían de lejos, mientras se "entretendían" con prácticas piadosas de tipo personal (rosarios, novenas, oraciones de toda índole). Toda esta situación pesa, en la actualidad, sobre las comunidades a las que les ha costado mucho aprender que a la misa no se va a "oír", sino a "participar"; que el sacerdote no "dice la misa", sino que la "celebra" con toda la comunidad.

Fue el Concilio Vaticano II el que recogió el clamor de toda la cristiandad para que hubiera un viraje obligado en la manera de participar en la Eucaristía. El Concilio dio normas precisas para una renovación inmediata del acto de culto por excelencia de la Iglesia, la santa misa. Ahora se habla de "celebrar la Eucaristía" y de "participar en la santa misa". Fue el Papa Juan XXIII el que, en nombre de toda la cristiandad, pidió un "nuevo Pentecostés" para la Iglesia. El Señor escuchó el clamor de toda la cristiandad y, gracias a Dios, nuestras eucaristías han sido tocadas por un avivamiento, provocado por el Espíritu santo.

## Acción de gracias

El nombre mismo de la misa, Eucaristía, indica que toda misa es una grandiosa "Acción de gracias". Toda misa es una gozosa "alabanza", una agradecida acción de gracias. Es la "celebración" de la muerte y resurrección del Señor. Es la alegre "Cena del Señor" en la que participan con gozo los cristianos.



La mayoría de los primeros cristianos eran judíos. Ellos para su liturgia tomaron muchos elementos de la sinagoga judía: el canto, la lectura y comentario de las Escrituras, la oración espontánea. A todo esto, los primeros cristianos le quitaron el ritualismo mecánico, que había invadido las sinagogas judías en tiempo de Jesús, y le imprimieron el toque propio de la unción del Espíritu Santo, que los llevó a revivir el culto dinámico de los tiempos del Rey David, que se caracterizó por la gozosa unción del Espíritu santo. Esto es lo que se aprecia en los breves datos que se encuentran en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo.

Escribe Ernesto Gentile: “La nuevamente recuperada alegría cristiana halló su creciente expresión entusiasta en los salmos, himnos y cánticos espirituales, manifestaciones proféticas y dones espirituales. Orar en el Espíritu incrementó en gran medida la vitalidad de las reuniones. Una intensa concentración sobre Jesús y la actividad de su Espíritu transformó las reuniones cristianas y las impulsó hacia una dimensión de adoración dinámica, desconocida en la sinagoga judía”.

## Dos maneras distintas de celebración

El escritor español Juan Manuel Martín, en su libro “Alabaré a mi Señor”, recuerda algo muy aleccionador. Cuenta que se encontraba en Perú, participando en la misa de Pascua. Todo muy solemne, muy formal, muy teológico. Al día siguiente, se celebraba en Perú el triunfo en fútbol contra Brasil. Toda la gente se lanzó a las calles a bailar, a gritar, a agitar banderas. El autor hace ver la diferencia ente cómo se celebraba el triunfo en un partido de fútbol y el triunfo de Jesús Resucitado. Ese mal sabor se le quitó al escritor cuando a los pocos días, pudo participar en una liturgia de un pueblecito en donde una co-



munidad “renovada”, con gozo, con espontaneidad, con cantos alegres y con mucha participación celebraba la presencia de Jesús resucitado.

Esta es la doble situación, que prevalece en muchas de nuestras iglesias. En algunas parroquias se dice que se celebra la resurrección de Jesús, pero el ambiente es más de velorio que de resurrección. En otras parroquias la gente ya le ha encontrado sabor a la celebración comunitaria. Se percibe un ambiente de fiesta. Es una verdadera Eucaristía, un auténtico culto de alabanza.

Me parecen muy acertadas las recomendaciones que da Ernesto Gentile para una liturgia más dinámica. Dice el escritor: “No hay que acudir a cambios radicales sólo para ser contemporáneos, sino que las iglesias deben redescubrir la originalidad y espontaneidad que caracterizó a la Iglesia primitiva. Una liturgia anquilosada no aporta ninguna vida al pueblo. Para volver a la sinceridad, frescura, variedad y ardor de la adoración de la iglesia primitiva, los dirigentes de la Iglesia deben enfrentarse honestamente a los peligros inherentes a la adoración extática, pero nunca dejar de confiar en la dirección del Espíritu”.

El mencionado autor propone tres directivas para que esto sea una realidad: “1. Estar dispuesto a ser flexible y expandible... La iglesia puede liberarse del azote de la penosa monotonía de cada servicio dominical. 2. El orden no puede ser elaborado con cemento, sino que debe estar compuesto de los medios que Dios pueda usar para reunirse y moverse entre su pueblo como El desea. La presencia activa del Espíritu santo marca la diferencia. Una persona que va a la Iglesia debe encontrarse con Dios. No debería salir con una experiencia ciega, insensible, “tómalo-por-fe”. Los creyentes reunidos para adorar deben esperar que Dios se halle presente de una forma ¡real y profunda! Asimismo, deben esperar a oír una directiva divina, una Palabra de Dios, que es en verdad “lo que el Espíritu dice a la Iglesia”. 3. Sentirnos cómodos con las formas de adoración sálmica... Una forma espontánea, pero controlada de adoración ayuda bíblicamente a la gente a abrir sus corazones y emociones al Dios viviente... Ésta gran herencia eclesíástica necesita ser sacada de las meras lecturas y convertirse en liturgia viva. Los estilos davidicos de adoración son para la gente de todas las generaciones”.

